

1

ESPADAS Y DEMONIOS

Fafhrd y el Ratonero Gris



Fritz Leiber

El ciclo de aventuras de Fafhrd y el Ratonero Gris se ha convertido desde su aparición en la serie más popular de la fantasía heroica (término cuya acuñación se debe al propio Leiber). En múltiples ocasiones ha sido aclamada como la obra cumbre de esta modalidad literaria, de entre cuyos habituales productos destaca por su vitalidad.

En este primer libro de la serie, se cuentan los orígenes de una entrañable pareja de aventureros, Fafhrd —un inexperto bárbaro norteño— y el Ratonero Gris —que por entonces era un mero Ratón—, sus primeros amores y correrías. La novela corta «Aciago encuentro en Lankhmar» obtuvo los famosos galardones Hugo y Nébula.

PREÁMBULO DEL AUTOR

PRÓLOGO

1. INDUCCIÓN

De otro mundo y de cómo un desconocido encuentra a otro y descubren que están emparentados.

2. LAS MUJERES DE LA NIEVE

De las mujeres de la magia del hielo y de una guerra fría entre los sexos, exponiendo la difícil situación de un joven ingenioso manipulado por tres despóticas mujeres, junto con información pertinente de amor paternofilial, la valentía de los actores y el valor de los tontos.

3. EL GRIAL PROFANO

Un discurso de ficción sobre las relaciones de un brujo de baja condición con acólitos de ambos sexos junto con profundos conocimientos del uso del odio como motor, y conteniendo el único relato verdadero de cómo el Ratón se convirtió en el Ratonero Gris.

4. ACIAGO ENCUENTRO EN LANKHMAR

El segundo y decisivo encuentro de Fafhrd y el Ratonero Gris, en el que se cuenta algo de los males de la interminable niebla nocturna y el latrocinio organizado, de la ebriedad y vanidad de hombres y muchachas queridos y de las laberínticas maravillas y horrores de la Ciudad de los Ciento cuarenta mil Humos.

Contenido

Preámbulo del autor [Espadas y demonios] (Author's Foreword [Swords and Deviltry]). [Prólogo/Epílogo] **1970**

Prólogo del autor [Espadas y demonios] (Author's Introduction [Swords and Deviltry]). [Prólogo/Epílogo] **1970**

Inducción (Induction). [Relato Corto] **1970**

Las mujeres de la nieve (The Snow Women). [Novela Corta] **1970**

El grial profano (The Unholy Grail). [Relato] **1962**

Aciago encuentro en Lankhmar (Ill Met in Lankhmar). [Novela Corta] **1970**

Nota acerca del autor [Saga de Fafhrd y el Ratonero Gris] [Prólogo/Epílogo] **1985**

PRÓLOGO DEL AUTOR

Éste es el primer libro de la saga de Fafhrd y el Ratonero Gris, los dos espadachines más grandes que jamás han existido en éste o en cualquier otro universo real o de ficción, maestros del acero más hábiles incluso que Cyrano de Bergerac, Scar Gordon, Conan, John Carter, D'Artagnan, Brandoch Dalia y Anra Devadoris. Dos camaradas de la muerte y los sombríos comediantes para toda la eternidad, vigorosos, pendencieros, buenos bebedores, imaginativos, románticos, groseros, ladrones, sardónicos, festivos, siempre buscando aventuras a través del ancho mundo, condenados a toparse sin cesar con los enemigos más mortíferos, los adversarios más crueles, las muchachas más deliciosas y los brujos más horrendos, bestias sobrenaturales y otros personajes.

Una tarde encantada, Harry Otto Fischer creó a Fafhrd y el Ratonero, y su patrocinador embruja a Ningauble de los Siete Ojos y Sheelba del Rostro Sin Ojos, y —con la ayuda del autor— la ciudad de Lankhmar. Pero el autor ha hecho y escrito todo el resto, salvo las 10.000 palabras de «Los señores de Quarmall», escritas por Fischer. A este libro, en el orden exacto de las aventuras, le siguen Espadas contra la muerte, Espadas entre la niebla, Espadas contra la magia (que contiene «Los señores de Quarmall»). Las espadas de Lankhmar y Espadas y magia helada

FRITZ LEIBER, 1970

Inducción

Separado de nosotros por abismos de tiempo y extrañas dimensiones sueña el antiguo mundo de Nehwon con sus torres, calaveras y joyas, sus espadas y brujerías. Los reinos conocidos de Nehwon se encuentran en el Mar Interior: al norte la boscosa y salvaje Tierra de las Ocho Ciudades, al oeste los jinetes mingol, que habitan las estepas, y el desierto por donde avanzan lentamente las caravanas de las ricas Tierras Orientales y el río Tilth. Pero hacia el sur, unidos al desierto sólo por la Tierra Hundida y defendida más allá por el Gran Dique y la Montaña del Hambre, están los ubérrimos campos de cereales y las ciudades amuralladas de Lankhmar, las más antiguas y principales tierras de Nehwon. Dominando la Tierra de Lankhmar y agazapada en la desembocadura llena de sedimentos del río Hlal, en un rincón seguro entre los campos de cereales, el Gran Pantano Salado y el Mar Interior se halla la metrópolis de Lankhmar, de imponentes murallas y laberínticos callejones, rebosante de ladrones y sacerdotes afeitados, magos escuálidos y panzudos mercaderes... Lankhmar la Imperecedera, la Ciudad de la Toga Negra.

Una negra noche, en Lankhmar, si hemos de dar crédito a los libros rúnicos de Sheelba del Rostro Sin Ojos, se encontraron por primera vez estos dos dudosos héroes y caprichosos bribones, Fafhrd y el Ratonero Gris. Los orígenes de Fafhrd eran fáciles de percibir por su altura que superaba los siete pies y su cuerpo esbelto y elástico, sus adornos remachados y su enorme y larga espada. Estaba claro que era un bárbaro procedente del Yermo Frío, más al norte in-

cluso que las Ocho Ciudades y las Montañas de los Duen-
des. Los antecedentes del Ratonero eran más crípticos y
apenas podían deducirse de su estatura infantil, su atuendo
gris, la capucha de piel de ratón bajo la que se embozaba
su rostro atezado y chato y su estoque engañosamente de-
licado. Pero algo en él sugería ciudades y tierras del sur, las
calles oscuras y también los espacios inundados de sol.
Mientras la pareja se miraba desafiante a través de la oscu-
ra niebla iluminada indirectamente por distantes antorchas,
tenían ya una leve conciencia de que eran dos fragmentos
que encajaban, separados durante largo tiempo, de un hé-
roe más grande y que cada uno había encontrado un cama-
rada que duraría más que un millar de búsquedas y toda
una vida —o un centenar de vidas— de aventuras.

Nadie en aquel momento podría haber adivinado que el
Ratonero Gris se llamó en otro tiempo Ratonero, o que Fa-
fhrd había sido recientemente un joven cuya voz era aguda
mediante entrenamiento, que sólo llevaba pieles blancas y
que aún dormía en la tienda de su madre, aunque tenía
dieciocho años.

Las mujeres de la Nieve

A mediados del invierno, en Rincón Frío, las mujeres del Clan de la Nieve libraban una guerra fría contra los hombres. Caminaban penosamente, enfundadas en sus pieles blancas, casi invisibles contra la nieve recién caída, siempre juntas en grupos femeninos, silenciosas o, como mucho, si-seando cual sombras airadas. Evitaban la Sala de los Dioses, con sus árboles que servían de columnas, las paredes de cuero trenzado y el alto tejado de pinaza.

Se reunían en la gran Tienda oval de las Mujeres, que montaba guardia ante las tiendas domésticas más pequeñas, donde celebraban sesiones de cánticos y siniestras lamentaciones, así como diversas prácticas silenciosas destinadas a crear poderosos encantamientos que atarían los tobillos de sus esposos a Rincón Frío, les paralizarían y les producirían resfriados pertinaces con abundancia de lágrimas y mucosidades, manteniendo en reserva la amenaza de la Gran Tos y la Fiebre Invernal. Todo hombre que fuese tan imprudente de caminar solo de día, corría el riesgo de que le embistieran, le bombardearan con bolas de nieve y, si caía, le pisotearan... por más que fuera un bardo o un vigoroso cazador.

Y ser blanco de los no menos blancos proyectiles lanzados por las mujeres del Clan de la Nieve no era cosa de risa. Cierto es que tiraban por lo alto, pero sus músculos estaban dotados de gran fuerza, gracias a actividades tales como cortar leña, poda de altas ramas y aporreamiento de pellejos, incluido el de la colosal behemot, cuya dureza sólo era comparable a la del hierro. Y en ocasiones congela-

ban sus bolas de nieve, utilizándolas como pedruscos de hielo.

Los hombres fornidos, endurecidos por la intemperie invernal, soportaban todo esto con inmensa dignidad, deambulando como reyes ataviados con sus chillonas pieles de ceremonia, negras, bermejas y teñidas con todos los colores del arco iris. Bebían en abundancia pero con discreción y traficaban con tanta astucia como los ilthmarts sus fragmentos de ámbar corriente y gris, sus níveos diamantes sólo visibles de noche, sus brillantes pieles de animales y sus hierbas del hielo, a cambio de paños tejidos, especias picantes, hierro añilado y bronceado, miel, velas de cera, pólvora que resplandecía rugiente con múltiples colores y otros productos del sur civilizado. Sin embargo, insistían en mantenerse generalmente en grupos, y había muchos con la nariz goteante entre ellos.

Las mujeres no ponían objeciones a este trueque. Sus hombres eran hábiles en este oficio y ellas las principales beneficiarias. Lo preferían mucho más a las ocasionales incursiones piráticas de sus maridos, que se llevaban a aquellos fuertes hombres muy lejos, a las costas orientales del Mar Exterior, fuera del alcance de la supervisión matriarcal inmediata, e incluso, temían a veces las mujeres, de su potente magia femenina. Rincón Frío era el punto meridional más lejano jamás alcanzado por todo el Clan de la Nieve, cuyos miembros pasaban la mayor parte de sus vidas en el Yermo Frío y entre las laderas de las Montañas de los Gigantes, tan altas que sus cumbres no se veían, e incluso más al norte, en los Huesos de los Antiguos, y, así, aquel campamento invernal constituía su única posibilidad anual de dedicarse a un trueque apacible con los emprendedores mingoles, sarheenmarts, lankhmarts e incluso con algún hombre del desierto oriental, tocado con un pesado turbante, arropado hasta los ojos, y con enormes guantes y botas.

Tampoco se oponían las mujeres a que empinaran el codo. Sus maridos eran grandes trasegadores de aguamiel y cerveza, en todo momento, e incluso del aguardiente nativo de patata blanca de nieve, una bebida más embriagadora que la mayoría de vinos y licores que los mercaderes dispensaban con optimismo.

No, lo que las Mujeres de la Nieve detestaban tanto y que todos los años les llevaba a librar una guerra fría en la que apenas estaba proscrito ningún material o hechizo mágico, era el espectáculo teatral que inevitablemente llegaba temblando al norte junto con los mercaderes, sus atrevidos actores con sus rostros agrietados y las piernas llenas de sabañones, pero latiéndoles los corazones por el suave oro norteño y los públicos fáciles aunque alborotadores..., un espectáculo tan blasfemo y obsceno que los hombres se apropiaban en exclusiva de la Sala de los Dioses para su representación (ya que Dios no se inmutaba) y negaban la entrada a las mujeres y los jóvenes; un espectáculo cuyos actores, según las mujeres, no eran más que viejos sucios y escuálidas muchachas sureñas aún más sucias, de moral tan laxa como las ataduras de sus escasas prendas, cuando iban vestidas. No se les ocurría a las Mujeres de la Nieve, que una chiquilla flaca, sucia y desnuda, la piel azulada y de gallina en el frío de la Sala de los Dioses, con sus corrientes de aire, apenas sería objeto de atracción erótica, aparte de su riesgo permanente de congelación generalizada.

Así pues, cada invierno, las Mujeres de la Nieve siseaban, tramaban magias, se movían furtivamente y arrojaban sus duras bolas de nieve a los hombres que se retiraban con ostentación, y era frecuente que capturasen a un marido viejo, o lisiado, o estúpido, o joven y borracho, y le zurrasen a conciencia.

Este combate, externamente cómico, tenía un trasfondo siniestro. Sobre todo, cuando trabajaban juntas, las Mujeres de la Nieve tenían la reputación de ostentar potentes magias, en especial a través del elemento del frío y sus conse-

cuencias: tendencia a resbalar, congelación súbita de la piel, la adherencia de la piel al metal, la fragilidad de los objetos, la masa amenazante de los árboles cargados de nieve y la masa mucho mayor de las avalanchas. Y no había ningún hombre que no sintiera temor del poder hipnótico de sus ojos azul gélido.

Cada Mujer de la Nieve, en general con la ayuda del resto, trabajaba para mantener un dominio absoluto de su hombre, si bien dejándole aparentemente en libertad, y se susurraba que los maridos recalcitrantes habían sufrido lesiones o incluso habían sido asesinados, en general mediante algún instrumento relacionado con el frío. Entretanto, las camarillas brujeriles y las brujas individuales se entregaban a un juego de poder unas contra otras, en el que los hombres, incluso los más pendencieros y audaces, hasta los jefes y sacerdotes, no eran más que fichas.

Durante la quincena de trueques y los dos días del espectáculo, brujas y muchachas fornidas guardaban la Tienda de las mujeres, de cuyo interior surgían fuertes aromas de perfume, hedores, destellos y brillos intermitentes por la noche, golpes y tintineos, crujidos, siseos de metal incandescente al contacto con el agua y cánticos mágicos y susurros que nunca cesaban del todo.

Aquella mañana, uno podía imaginar que la brujería de las Mujeres de la Nieve actuaba en todas partes, pues no había viento y el cielo estaba encapotado, y había jirones de niebla en el aire húmedo y gélido, por lo que se formaban con rapidez cristales de hielo en cada arbusto y rama, cada ramita y saliente de cualquier clase, incluyendo las guías de los bigotes masculinos y las orejas de los lince domesticados. Los cristales eran tan azules y brillantes como los ojos de las Mujeres de la Nieve, y una mente imaginativa podía percibir incluso en sus formas las figuras de las Mujeres de la Nieve, encapuchadas, altas, con túnicas blancas, pues muchos de los cristales crecían hacia arriba, como llamas diamantinas.

Y aquella mañana las Mujeres de la Nieve habían capturado, o más bien tuvieron una ocasión casi segura de atrapar, a una víctima selecta casi inimaginable, pues una de las muchachas del espectáculo, ya fuera por ignorancia o estúpido atrevimiento, y quizá tentada por el aire relativamente suave, engendrador de gemas, había salido a pasear por la nieve apelmazada, lejos de la seguridad que ofrecían las tiendas de los actores, más allá de la Sala de los Dioses, por el lado del precipicio, y desde allí entre dos bosquecillos de altos árboles de hoja perenne cargados de nieve, hasta salir al puente de roca natural cubierto de nieve que había sido el inicio de la Antigua Carretera del sur a Gnampf Nar hasta que una parte de su sección central, con la longitud de unos cinco hombres, se derrumbó sesenta años atrás.

Se había detenido a corta distancia del borde, curvado hacia arriba y peligroso, mirando durante largo rato hacia el sur a través de los jirones de niebla que, a lo lejos, se disgregaban como largos filamentos de lana. Debajo de ella, en la hendidura del desfiladero, los pinos cubiertos de nieve del cañón de los Duendes parecían tan pequeños como las tiendas blancas de un ejército de gnomos del hielo. La mirada de la muchacha recorrió lentamente el cañón desde sus lejanos inicios en el este hasta donde, al estrecharse, pasaba directamente por debajo de ella y luego, con un ensanchamiento gradual, se curvaba hacia el sur, hasta el contrafuerte situado al otro lado, con la sección gemela, saliente, del que fue en otro tiempo puente de piedra y que bloqueaba el panorama hacia el sur. Entonces su mirada retrocedió para recorrer la Carretera Nueva desde donde iniciaba su descenso, más allá de las tiendas de los actores, y se aferraba a la pared lejana del cañón hasta que, tras muchas subidas, bajadas y curvas —al contrario que la Carretera Antigua, más suave y recta— se internaba entre los pinos e iba con ellos hacia el sur.

Quien se hubiese fijado en su mirada anhelante, podría haber pensado que la actriz era una tonta doncella que añoraba su hogar, lamentaba ya la gira por el frío norte y suspiraba por algún callejón de los actores, caluroso y lleno de moscas, más allá de las Ocho Ciudades y el Mar Interior... pero la serena confianza de sus movimientos, la orgullosa prestancia de sus hombros y el lugar peligroso que había elegido para mirar, sugerían otra cosa, pues aquel sitio no era sólo físicamente peligroso, sino también tan cercano a la Tienda de las Mujeres como lo estaba de la Sala de los Dioses, y además era un lugar tabú, porque un jefe y sus hijos se habían precipitado por allí, encontrando la muerte, cuando el centro del puente rocoso cedió sesenta años atrás, y porque el puente de madera que lo reemplazó cayó bajo el peso de la carreta de un comerciante de licores, hacía unos cuarenta años. El hombre vendía uno de los aguardientes más fuertes, y fue la suya una pérdida lo bastante terrible para justificar los más severos tabúes, incluido el que prohibía la reconstrucción del puente.

Y como si estas tragedias no bastaran para saciar a los celosos dioses y hacer el tabú absoluto, solamente dos años atrás el esquiador más hábil que había producido el Clan de la Nieve en varias décadas, un tal Skif, borracho de aguardiente de nieve y con un orgullo glacial, había intentado saltar sobre la brecha desde el lado del Rincón Frío. Remolcado hasta adquirir velocidad y empujando furiosamente con sus palos, despegó como un halcón en vuelo planeante, pero no llegó al nevado extremo opuesto por la distancia de un brazo extendido; las puntas de sus esquíes golpearon contra la roca, y él mismo se estrelló en las rocas profundidades del cañón.

La aturdida actriz llevaba un largo abrigo de piel de zorro castaño rojizo, que sujetaba con una ligera cadena de latón revestida de oro. Cristales de hielo se habían formado en su cabello castaño oscuro, recogido en un peinado muy alto.

Por la estrechez del abrigo, su figura prometía ser flacucha, o al menos poco musculosa para satisfacer la noción que las Mujeres de la Nieve tenían de las jugadoras femeninas, pero medía casi seis pies de altura... lo cual era excesivo para una actriz y una afrenta más para las altas Mujeres de la Nieve que ahora se acercaban a ella por detrás, en una silenciosa hilera blanca.

Una bota de piel blanca, lanzada con excesivo apresuramiento, golpeó contra la nieve helada.

La actriz giró sobre sus talones y sin vacilación echó a correr por el camino que la había llevado hasta allí. Sus tres primeros pasos rompieron la costra helada, haciéndole perder tiempo, pero aprendió en seguida el truco de correr deslizándose sobre el hielo.

Se subió su abrigo rojizo; llevaba negras botas de piel y brillantes medias escarlata.

Las Mujeres de la Nieve se deslizaron con rapidez tras ella, lanzándole sus duras bolas de nieve, una de las cuales alcanzó a la actriz en el hombro. Cometió el error de mirar atrás.

Tuvo la mala suerte de que dos bolas de nieve le dieran en la mandíbula y la frente, debajo del labio pintado y sobre una ceja negra arqueada. Entonces se tambaleó, dio una vuelta completa y una bola de nieve lanzada casi con la fuerza de una piedra de honda le alcanzó en el diafragma, haciéndole doblarse y cortándole la respiración.

Cayó al suelo. Las mujeres de blanco se lanzaron hacia adelante, sus ojos azules brillantes de furia.

Un hombre alto, delgado, con negro mostacho, una chaqueta pardusca acolchada y turbante bajo y negro, dejó de observar desde el lugar que ocupaba al lado de una de las columnas vivientes de la Sala de los Dioses, de áspera corteza y llena de cristales de hielo, y corrió hacia la mujer caída. Sus pisadas rompían la costra helada, pero sus fuertes piernas le conducían sin vacilación.